

Eladio Isla Bolaño (1916-2002) *In Memoriam*

LUIS GRAU LOBO
Director Museo de León

El pasado día 10 de septiembre murió, discreta y desapercibidamente para casi todos los que le tratamos, el que durante más tiempo, un cuarto de siglo largo (1958-1984), fuera director del Museo Provincial de León, don Eladio Isla Bolaño.

No lo conocíamos demasiado, pues era hombre de pocas palabras y mucha dedicación. Pero queríamos desde aquí, en mi nombre y el de la plantilla del Museo, siquiera paliar un injustificable olvido, recordar algunos de los innumerables trabajos que el paso del tiempo y las circunstancias quisieron ensombrecer, habida cuenta de la época cruel en que le tocó guiar los destinos de un Museo casi siempre menesteroso, en el período más crítico de su historia. No hablaremos, pues, de sus múltiples dedicaciones como profesor de Latín o de Alemán en diversos Centros de enseñanza leoneses. Ni de sus investigaciones científicas en el terreno de la Arqueología provincial, especialmente en el afamado yacimiento de Lancia, hacia 1971, todas ellas también ignoradas hasta fecha demasiado reciente, y aún por vindicar, por causa de una ínfima publicación de los resultados, que aún hoy sorprenden cuando gran parte de sus trabajos vienen a confirmarse en los actuales, o incluso se tuvieron por novedades, las que hace ya más de treinta años eran descritas con precisión por su pluma en manuscritos y documentos llenos de enmiendas y notas al margen, auténticos palimpsestos que nunca vieron la luz en esta tierra tan poco proclive a reconocer en vida a quienes en y por ella bregaron.

Museo

Necrológica a Eladio Isla Bolaño

Dirigir el Museo de León en los años 60 y 70, era tarea heroica en lo emocional, pero también en lo físico. Con una irrisoria plantilla que en el mejor de los casos era de tres personas (el director, un conserje y una limpiadora a media jornada) y una aplicación presupuestaria que ni permitía atajar la erosión del tiempo, el Museo se mantenía precariamente abierto al público en el conventual de San Marcos. Un joven orensano, como don Eladio, debió llegar a él con ánimo de arreglar sus endémicos problemas, pues así lo revelan sus sufridas operaciones de reubicación y mejora de las salas de exposición que permitieron una puesta al día por vez primera en muchas décadas, acaso desde su apertura al público allá por 1869.

Pero pocos años después, en 1963, hubo de asistir al momento más dramático, sin duda, de la historia del Centro museístico leonés. La construcción del Hostal y Parador de lujo en el mismo edificio del Museo no sólo redujo su espacio drásticamente, arrebatándole la entrada principal (que, desde entonces, se hace a través de la iglesia) y gran parte de sus estancias (la espléndida «sala del artesonado», despachos, almacenes...) e hipotecando posibles ampliaciones futuras, sino que durante las obras se produjeron episodios infames producto de la escasa consideración hacia el Museo en su secular sede: cierre y desmantelamiento de la instalación pública efectuada poco antes, pérdidas de lápidas que fueron vertidas a la cimentación («no eran más que piedras», decían) o situaciones de demérito

de sus ricas colecciones, denunciadas una y otra vez por su director en escritos que se extraviaban en limbos administrativos. Mucha debió ser la desazón y el desengaño provocado por esos acontecimientos. Y más cuando las siguientes décadas hubo de pasarlas atrincherado tras un biombo en una sala del Museo (la sacristía o sala III), sin calefacción ni apenas luz, para cuyo invierno de más de cinco meses don Eladio mandaba calentar un enorme ladrillo romano que daba alivio a sus pies, envuelto el cuerpo en una manta mientras escribía agudas fichas catalográficas, restauraba multitud de piezas sin medios ni referencias, o escribía memorias de ese desamparo en lo que compone un fresco en negro, tan silenciado en la historia de nuestros Museos como inéditos permanecen sus trabajos, pioneros, cuando no decisivos, en esos años terribles.

Fue durante ese período, desde 1965, cuando tomó cuerpo definitivamente la opción de trasladar el Museo a una nueva sede, imposibilitado como estaba el crecimiento del Museo en el exconvento santiaguista. Desde entonces, hace casi cuarenta años, el Museo busca su sitio en un León que ha vivido de espaldas a estos apuros de su Patrimonio más notable.

Hace tiempo, algún colega que lo conoció en activo al final de su carrera me comentaba, con cierta retranca que, durante una reunión en el entonces Ministerio de Cultura, don Eladio había permanecido casi mudo, y que a la pregunta sobre las carencias del Museo leonés respondió

Museo

VI Jornadas de Museología

con un sumarísimo: «está bien como está», que sorprendía a quienes conocían el paño. Lo que pudiera parecer una dejación de funciones debe inscribirse en este panorama vital, el de un hombre enfrentado a una tarea ingrata, solo y apartado, que a fuerza de no ser escuchado ya no quería hablar más.

Cuando hace una docena larga de años llegué a mi puesto en la dirección del Museo, don Eladio (nunca dejé de apearle el tratamiento) me espetó con sorna: «¿Vendrás para un ratito y luego a buscar una plaza mejor, no?». El tiempo pasaba y sus siguientes visitas, inesperadas pero siempre gratas, fueron cambiando el tono por una reconversión amistosa: «Convéncete, Grau (así me llamaba): esto no tiene arreglo. Márchate cuando tengas oportunidad». Ahora que ya vislumbramos el final de un túnel demasiado largo con la adquisición de una nueva sede (el edificio «Pallarés”) y el plan de instalación en ella, con la apertura de un nuevo Museo de León prevista para dentro de un año y medio más o menos, nos entristece saber que don Eladio no podrá acudir al inicio de esa nueva etapa en la que él creía, sin duda, aunque se negara a darle crédito. Aspirábamos a que don Eladio hubiera sido protagonista en la inauguración de esa nueva andadura. En ocasiones, llegamos a bromear juntos sobre esa posibilidad y él me decía que al menos yo era aún joven y a lo mejor se conseguía antes de jubilarme. La vida le ha traído el retiro definitivo antes de un acontecimiento que aún no tiene fecha y que le habría llenado de

gozo. Cuando sea, será obra suya más que de cuantos allí podamos estar.

Descanse en paz, querido colega. *Sit tibi terra levis.*

León, octubre de 2002.